

teloso, paso a paso, para no producir nin-  
gun ruido, me saltaba si la menor sospe-  
cha y despues proseguia mi camino - Pero  
bien pronto perdi los rumbos, no sabiendo como  
orientarme, y de resultas di vueltas y vueltas por  
aquellos campos y malezas hasta llegar a una hacienda  
molida y quebrantada, como a las dos de la ma-  
ñana. Allí dormi en un corral de ganado, mejor  
no dormi sino que me acosté sobre la dura  
ra.

Quando amaneció, conocí adonde me en-  
traba, a una legua apenas de Managua, cer-  
ca del cerro que sirve de cuartel. El guardián  
de la hacienda me buscó un guía para que me  
llevara a Las Jirras, con quien proseguí el  
nuevo camino procurando que el fuera siem-  
pre adelante - Había envuelto en una tohalla,  
al dorso de la capota, el saco y el chaleco, atém-  
plé a la cintura y en la mano llevaba una  
paqueta de galletas con otras de mantegulla. Esta era  
mi comida y mi bodega.

Subiendo por una alta cruxta vi de repen-  
te, como a cien varas, a mi guía detenerse  
y le oí hablar con voz un poco alta. Saludaba  
a un oficial, quien venía con su escolta. Lige-

no falté hacia el monte, para ocultarme. No me vieron por fortuna y pude luego proseguir y llegar a otra hacienda de las sierras llamadas de Santo Domingo, en donde manos carinosas y hospitalarias me ofrecieron sabrosos y puerulentos almuerzos.

No quise perder tiempo, tomé en la mitad de el camino con otro guía, dirigiendome a una hacienda, en la cual encontré a varios jóvenes que huían también de las tropas del Gobierno. Allí dormí ya más tranquilo en una cabaña que en una alta loma habían fabricado. Fue una de las noches en que he dormido más profunda y tranquilamente.

Convine con los jóvenes en que me guiará a cerciorarme de cómo iba la guerra, de si sería conveniente que se fueran tras de mí. Al día dieron mis caballos y otros que con los cuales pude llegar hasta cerca de Masatepe, a una ancha y honda quebrada desde donde pude ponerme en comunicación con mi familia.

Una muestra de brutal egoísmo me hizo esa vez en el alma en lo más profundo en el lugar adonde yo busqué una casa amiga,

una persona en quien confiar vivía mi suegro  
con mi hijo pugo. Era un señor muy creyente,  
asiduo lector de la Biblia, amigo de hablar de las  
sentencias del Evangelio y muy dado a las ideas  
landas y a todas las viejas presencias religiosas.  
Por casualidad estaba el solamente en la casa  
el me ~~deje~~ dirigi desde una cerca de ago  
propiedad, haciéndole señales para que se  
ociera. No quiso darse por llamado, se  
indujo en la casa y no volvió a salir. Antes  
en cuando llegó la esposa de su hijo le dió  
iso de que yo andaba por allí y de que tuviera  
mucho cuidado en meterse conmigo porque  
iba a comprometer. Que él se iba inme-  
atamente a Masatepe.

Yo sé iba casualmente a casa de mi es-  
sa, la hija de él, a vivir de mi casa ha-  
de mi trabajo. No refiero esto por egoísmo  
para hacer resaltar la ingratitud y la  
maldad).

En cambio, la señora de mi cuidado que  
ningún servicio me debía, me trató con especiales  
consideraciones, enviándome de comer, enviando a Ma-  
satepe por ropa para mí, por viveros y por todo  
lo que se me ofreciera.

Elle no leía la Biblia y antes bien su esposo la hizo bastante incrédula, pues él lo era y tanto que al morir, pues dos años más tarde no quiso confesarse.

Porque este contraste singular. El uno cristiano, fanático, recitaba de memoria las salmas y las obras de misericordia; el otro ~~libre~~ el pensador, hombre honrado aprobó gustoso lo que su esposa hizo y lo hizo él también con noble desinterés. Fuese que cuando en La Concepción escapé de manos de la escolta y me mataron a caballo, este curato mi país prisionero y permaneció varios días en Masaya, y olvidando todo pene, todo peligro, se brindó a servirme con singular generosidad. Y mi suegro, aun en los días en que por disgusto le arrojé de mi casa estubo poniendo de sus trabajos, con beneplacito y orgullo mío, pues siempre me complacía que mi esposa viera a sus padres en una palabra casi desde que me pasé hoy todavía después de su proceder tan feo me y vive de mi trabajo, pues se crearon y educaron sus padres en la holganza y en la incapacidad del trabajo.

¿Porque, pues, estas diferencias? Es mulo



me llevaba de comer. Una tarde, al eso de las seis llevome ropa para cambiar el vestido y entonces cruzó por mi cabeza un mal pensamiento, de ~~pequeña~~ tentación, de deseo, tan intenso que muy pocos hombres podrían vencer. Y me vencí, con cierto colera e indignación contra mí mismo, pues pronto recibí del los servicios de la hermana, su generosidad y la misma confianza sencilla y sincera de la muchacha.

Así recuerdo que me vencí otra vez en mi casa con una tentación igual. Venía con nosotros una sobrina de mi esposa, de quince a diez y ocho años de edad, y en una ocasión en que la vi muy cerca, fue en que dejó a cruzar también por mi cabeza la deslealtad, pudo dominarme, recordando que su familia al honor de mi casa la habían confiado.

¿Qué eran, pues, esos contrastes? Cómo se compaginaban mis pasiones de ciertos momentos con los hechos que ahora relaciono? Es el hombre una mezcla indefinible de pasiones, de lealtad y deseos criminales, de instintos y pensamientos, de condura e irreflexión

Sigo mi narración por un adelantar  
pero por el relato de las cosas y hechos que  
me traían a reflexión y a preguntas sobre mi con-  
ciencia y la conciencia de los demás.

Los jóvenes tuvieron la imprudencia de to-  
mar en grupo el camino y llegar así, como a las  
veces, una noche a casa de mi cuñado a pre-  
sentar por mí. Amarraron las bestias cerca de  
la casa, casi en el camino y se quedaron en la  
noche conversando y aun haciendo ruido. En ese  
momento por casualidad llegó una escorte de  
cabece, los jóvenes se comieron leyendo las alfor-  
jas y las cabalgaduras. El oficial más muerto que  
los prisioneros que era el enemigo se volvió apre-  
tadamente a dar cuenta a su jefe en la ciu-  
dad. Allí fue el alboroto. Telegraficaron a Zeta-  
que el enemigo había sido deshecho y que allí  
organizaban para defender al Gobierno. El  
enemigo se componía de cinco jóvenes desarra-  
dos como yo y como todos los que en  
sus quijotescas aventuras se meten, creyendo  
que se va a arreglar el mundo y que los ha-  
llados caudillos políticos dicen la verdad.

En esta ocasión el Gobierno me vergó de  
mi pasaje. Se hallaba en la casa de su hijo

esa noche y cayó prisionero. En Masatepe  
el valiente comandante, a quien por el felice triunfo  
se habian hecho coronel, se amenazaba con  
mandarle fusilar si no decia la verdad. En  
misma pregunta que en el caso de Rivas he-  
cian al pobre hombre aquel, a quien apresó  
el jefe revolucionario, porque no sabia  
por la verdad.

Después de la huida de los jóvenes a qui-  
nes yo esperaba, pero sin saberlo, fui a prepa-  
rarme por ellos a casa de mi suñado y allí  
contaron lo que sucedia, instándome a que no  
relatara porque no tardaria en volver la es-  
pelta.

Me puse en camino y el día siguiente to-  
mé el camino para Nandaimé pasando por  
muchos y peligrosos lugares, expuesto a las  
miradas de amigos y enemigos, durmiendo  
al raso, en el suelo, bajo las cercas de los  
potreros o bajo las cultivos de mazorcas.

(Mas tarde supe que en la noche  
de ese triunfo del aguero nos esperaron en Ma-  
satepe con todo aparato militar y tras los  
muros del campamento. Me parece que el valien-  
te militar queria enterrar sus muertos en



el mismo campo de batalla. Esta estrategia fue  
la que le valió el grado de coronel

Se dirigió a Masaya dando exacta cuenta  
al combate, diciendo que había desbaratado al ene-  
migo, el cual huía en todas direcciones. El ene-  
migo era yo, que andaba solo entre precipicios  
y malezas, huyendo al menor ruido, al menor  
ruido de las hojas que el viento levantaba, en-  
tre sembrados y matorrales, como gran criminal  
de la Calabria

Cuentan que Zelaya dirigió circulares a  
varias partes y que en ellas daba cuenta de mi  
situación y prevenía que me capturaran de cual-  
quier manera, vivo o muerto

Ya tenían para rato. Si una lluvia in-  
esperada me obligó al abandono de mi escon-  
dite y de la vida selvática, en adelante mi dilu-  
yo me obligaría a salir de matorrales y  
sembrados, adonde permanecía bien seguro, pa-  
sando de continuo sobre las hojas secas y  
flexionando sobre miles de cosas, sobre tantos  
problemas sociales que bullían en mi cerebro  
con fantasmagórica tenacidad, sobre amigos, fa-  
milia y sobre todo lo que en distintas épocas y por  
distintos caminos y circunstancias había yo mis-

uno experimentado. Mi cabeza era un hervidero  
un horno encendido con los calores humanos, con  
el golpear de las pasiones, en el cual cruzaban  
vertiginosa y fantásticamente mis pensamientos  
como cruces las llamas en el incendio de  
las selvas y reverbera el aire en las alturas.

Pude, pues, por tres días más  
llegar a la casa del noble amigo, en cuya  
propiedad me hicieron prisionero. Me contem-  
plé largo rato creyéndome al fin del otro  
mundo. Por dondequiera se dijo que la  
noticia de mi huida era una farsa, que  
el gobernante me había asesinado y que mu-  
chos días ~~pasaba~~ tenía mi cadáver de estar  
enterrado bajo la sombra de un árbol. Es-  
ta noticia y rumores había sido bastante para  
enloquecer a mi familia si mi esposa no me  
hubiera visto en el momento mismo de huir  
de la prisión.

Desde mi nuevo escondite, arreglado a  
una altura cercana a la casa de mi amigo  
podía observar perfectamente todo lo que en el  
camino, en la entrada a la casa y cerca de  
mí pasara. Podía, pues, ponerme en salvo al  
menor asomo de peligro.

Allí permaneci por varios días, mientras  
me puse en comunicación con Emiliano Cha-  
morro, jefe de alguna gente dispersa, quien  
había peleado y vencido siempre en el Mombacho al  
bien de Zelaya; pero, pobre de recursos y ele-  
mentos, vencidos los de San Juan del Sur, tuvo  
que dispersarse con su gente y ocultar sus po-  
sibilidades.

Fendida mi hamaca entre dos árboles, con  
un cántaro de agua y mi ropa de dormir vivía  
en aquel solitario paraje, paseándome de con-  
tinuo. Las huellas de este paseo formaban cami-  
nos, y me servían mis amigos, cuando llegaban  
a verme: en esto se conoce el lugar por donde  
pasas, y señalaban los caminos que sobre la  
hoja, las hojas secas y la tierra formaban mis

Porque vivía agitado por mis encontrados  
caminitos. Me llenaban a las veces de fiebre la-  
zante y eran tan persistentes y continuos, tan  
rápidos y profundos que en ocasiones temí que  
acabara mi vida. Ora pensaba en vengar-  
me haciendo de cualquier manera a mis ene-  
migos, aun a menzaba. Seguí a desear un  
día que pasara por el camino bajo mis ojos

para romperle el  
franco de mi 'balazo'. Ora desgarraba esta  
venda odiosa de la pasión turbada y me engolfa-  
ba en los recuerdos, en los mil contrastes de  
aquella vida tan perseguida, en el encano con  
que me buscaban, ¡a pesar de que nunca  
cometí otro delito que el de pensar y decir si-  
pre la verdad, con sagrada fe y desinterés, of-  
riendome muchas veces en sacrificio a mi  
perseguidores. Jamás hice daño a nadie en su  
hacienda, ni en su honra, porque juzgo que  
el acusar de prevaricadores y verdugos a los  
que realmente lo son, es cumplir con un deber  
grande, el de la justicia, el de la patria y de la  
humanidad.

¿Por esto reflexionaba tanto. Todos aquellos  
hombres, agentes del orden público, jefes políticos,  
ministros o presidente formaban la razón y la justi-  
cia de su parte?

O era mi proceder el noble y patriótico, el  
deber de ciudadanos?

Esto fue a cada momento el gran  
problema de mi razón, porque siempre creí que  
nunca puede el hombre juzgar de sus seme-  
jantes sin examen verdadero y profundo de su

conducta. Como llegaban de continuo nuevos ma-  
feridos a mi cerebro! Por dondequiera escuché,  
en mis frecuentes corridas y escursiones el la-  
nto de multitud de víctimas, la triste queja de  
rosos indígenas pobres y desamparados en la  
tanos, el llanto de mujeres y familias viola-  
y robadas por los soldados de Zelaya.

Al clero aquel que cuando niño yo  
un niño quito con engaños a mi hermana  
la carta de recomendación que una femer-  
penosa me había dado, al mismo sacer-  
de Dios y del altar, le vi casi, en Tandai-  
poner a buscar a una mujer a cuya  
a mi jefe expedicionario habia violado. Para  
a la buca? Para ofrecerla dinero, para que  
da dijera contra el bárbaro, para que se calla  
¿Cómo se esto me pregunté entonces y pien-  
e? ¿Donde está el bien? ¿Donde el deber?  
en la religión? En el ejército? En los que  
bienan? En la sociedad? En la ciudad?  
en el campo? ¿En donde poder encontrarle?  
¿Cómo hallar puros puros? ¿Quié se hizo la jus-  
cia? ¿La administran los jueces? Protege Dios al  
inocente? Protege al perverso? Se halla de par-  
te de los que matan roban y trafican con la

ley en la mano? ¿Se contenta con patizar  
en el otro mundo el fuego del infierno para  
vengarse de los que aquí nos maltratan?

Entonces para qué todo eso? Porque  
no alumbró jamás el camino de  
concordia y la fraternidad? Porque ha creó  
al género humano para dividirlo injusta-  
mente en parte feliz y parte infeliz, en ricos  
y pobres, poderosos y humildes, amos y  
esclavos, jefes y servidores?

Lo me confundía con este mar de pa-  
guitas; y lo peor era que no las soltaba  
se apoderaban de mi cerebro como el agua  
de la Tierra seca, como el fuego de la  
selva en pleno verano, como el rayo de la nu-  
be en pleno invierno.

Yo no acarreado libros para leer. Du-  
rante esta proscripción apenas leí los cinco to-  
mos de Los miserables, con cuya lectura me  
encanté tanto, que siempre que los encon-  
tro, vuelvo a su lectura y fusos a Juan Va-  
gean, personaje a quien comprendo, a quien  
encuentro perfectamente humano, quizás por-  
que en mi vida tropiezo con multitud de  
cosas y de hechos parecidos a los que a él

hiciéramos. En distintas situaciones de mi vida  
que ha parecido ver al Juan Valjean, audaz  
terrible, pero en la borrasca, pero siempre borras-  
ca como mar que azota la tormenta. En esas  
situaciones las ~~veces~~ tuve antes de decirle, an-  
tes de comprenderle, en los comienzos de las  
revelaciones que he sufrido. Lo me acé sobre  
también contra la ley que me salía al paso,  
contra las leyes. ¿Qué! ¿Acaso siempre el mundo  
ha sido igual y hubo siempre Juan Valjean  
todo tiempo y en todo país? La regla siempre  
está contra la justicia, el derecho contra la  
verdad? Realmente todas las barbaridades de  
los siglos se han reducido a leyes, como dijo  
tor Hugo?

Preguntaba a mi conciencia: por qué accio-  
naba también la conciencia de los demás, bus-  
cando siempre la verdad en aquel caso, en el fon-  
damente, con tenacidad inquebrantable.  
Me asía a la duda y a la investigación. Du-  
da de todo lo que veía, sentía y tocaba, quizás  
por las profundas heridas de mi corazón, por el  
furo perverso de los que me perseguían, abruma-  
do por la soledad, incitado por la desgracia, por  
mi ambición, por mis sueños, por mi locura. de-

vante repetidas veces mi cabeza al cielo para  
interrogar al profundo espacio; queria romper  
con la pista de la tierra y descubrir en el fondo  
la verdad; y con mayor empeño y violencia an-  
daba penetrar en los abismos del mundo so-  
cial e iluminarlo para siempre con luz y  
llenara de esplendores la conciencia humana.

Me pasaban las horas que la otra  
ocupacion, el deseo de ser ciudadano libre  
me dejaba. Cuando se de la guerra y de la  
peranza de derrocar la tirania me hablaba  
de abandonaba toda idea, creyendo, como  
creido el mundo siempre piensamente que en  
las revoluciones y en la guerra se encuentra  
fatisman.

Me enviaron aviso del lugar en don-  
de se hallaban los revolucionarios y resolví  
a juntarme con ellos, pues no escape de la  
prision solamente por el placer de escapar  
sino por ir a la guerra y ayudar a la pa-  
triotas en la conquista de nuestra libertad.  
Cruse otra vez, despues de muchos dias, la  
ciudad de Vandaine, acompañado por uno  
de los jovenes del Señor Muis, quienes al  
igual de su padre se desvian por servir.



me desinteresada y noblemente. Jamás temie-  
ron, jamás vacilaron. En ocasiones iban a bus-  
carme al monte, y dormían acompañándome  
en el duro suelo, bajo la intemperie, en plena  
solitud y en la soledad de la sombra.

Me dirigí hacia la costa del Lago de  
Cuzco, a una hacienda cuyo nombre no re-  
cordo. Con qué curiosidad me recibían en  
partes. Todos me conocían y todos me  
miraban en el campo, en el monte, es decir, to-  
dos aquellos que no han respirado nunca  
el ambiente moral de las ciudades.

Los revolucionarios ya no estaban allí.  
Habían cambiado de escondite.

Puesque entonces por rumbo, cruzando  
montes y quebradas y caminos completamente  
desconocidos, sin compañeros ya. Dormí esa  
noche a campo raso, como siempre, cerca  
de un cosero, al cual volví en la mañana  
siguiente. Cuando me acercaba vi a dos  
hombres en medio de un camino, conversando,  
uno de ellos estaba vestido de soldado, quien res-  
pondióme prontamente como a proscrito y me dijo:  
Viene muy cerca una fuerza, soy soldado de  
avanzadilla. Ocúltese pronto.

Seguí el consejo agradecido. La pri-  
mera vez que un soldado me hacía bien.  
Luego no todos son malos? Luego entre esas  
personas perseguidas hay hombres buenos, hombres  
nobles, aunque de clase humilde?

Esta fue otra fuente de reflexiones.  
Cuándo se podría, pues, de examinar es-  
tos contrastes, este *maremagnum* de la  
humana? Qué causa, qué proceso son  
estos sentimientos tan varios y extrañamente  
paradójicos del hombre? ¿El mismo o no  
he tenido bien distintos en las diferentes  
ocasiones de mi vida?

Un hombre obscuro y humilde me  
salvó, y por oficial y otro de mis al-  
fá graduación había buscado el modo  
engañarme y entregarme. Encontré la  
segunda mayor virtud en el pueblo, sen-  
timientos generosos de hospitalidad y honrades.

Esto casi nunca puede encontrar en la ga-  
te llamada principal. Si me albergaba al-  
guna vez en sus casas, comprendía bien por  
qué que no hallaban qué hacer. Si se paraban  
a hablar conmigo no se daban punto de reposo.  
Inquietos y con palabras entrecortadas se

despedían de mí como per peligrosos. Mientras  
que siempre que flaqueé a casa de pobres, prin-  
cipalmente de campesinos, y muchas veces de  
gente ignorante la generosidad, la abnegación, el  
amor, el abandono de sí mismos, fueron para  
motivos de sorpresa y en ocasiones de  
duda y confusión. Me buscaban de  
lejos con solicitud afan, me querían al  
redite, rompiendo el monte con el machete,  
agrandando una casucha, o enramada de  
cañas para el dormir, y casi nunca qui-  
sieron recibir el valor de su trabajo, que  
muchas veces les ofrecí. Formaban su arma-  
rio me servían de guías por caminos peligrosos,  
seguían siempre la mejor manera de aque-  
rrecerme. Hombres y mujeres fueron siempre

Como era esto? Mi cabeza se agitaba,  
confundida, enloquecía en este frenético ba-  
lar de mis reflexiones.

En la tarde de ese mismo día busqué  
silo en una pintada vivienda, adonde pasó la  
noche y adonde me vi a punto de cometer una  
causa acción: Encontré en ella a una muchacha  
alegre, al parecer liviana, pronta a prestarme pec-

pienso de requetearla y seducirla. Metíam, pues,  
entre ella y yo algunas palabras, y quizás por mi  
deseo llegó a concebir alguna esperanza. Este  
deseo se convirtió al entrar de la noche en fiebre  
en tormento insensato de animal salvaje. Ce-  
gase mi cerebro a la reflexión y solamente por  
el fuego lascivo con singular violencia. A  
se entonces penetrar en la casa, pues dormía y  
en un corredor, a pesar de no haber convenido  
por la muchacha, y con cuchillo se regular  
no que portaba comencé a cortar la débil pared de  
palos y cañas entrelazadas. Me sintieron y si por  
por lo cual comencé a invadirme cierto temor,  
grietas, horror ~~hacia~~ de mi mismo. De  
parte de la fiebre vino la reflexión y de tal  
modo que no recuerdo haber sufrido vergüenza  
igual en ninguno otro momento de mi vida.

Determiné ensillar al instante mi caballo  
salir de noche todavía para que los dueños de  
la hospitalaria casa no me vieran el rostro en  
la mañana siguiente.

Este fue otro motivo de profundas me-  
ditaciones. Jamás había sido descorrido y violento  
y ciego con ninguna mujer. Ni antes ni después  
de esa mala acción. Por humilde que fuera

el objeto de mis deseos nunca la oblique, ni si-  
quiera la desee con semejante vileza. Respetoso  
aunque ardiera; y mas bien siempre fue condición de  
mi temperamento el no buscar el amor sino bien pen-  
sado y grande, ciego con la llama de la pasión, y  
de un momento. Estos amores me causan repug-  
nancia, y yo lo se bien, si alguna liviana mujer  
se me abraza prontamente, apenas hablo, el  
vicio se apodera de mi y lo deyo. Recuerdo  
esta una extraña aventura que me aconte-  
ció una vez navegando de Corinto a Ame-  
rica. En circunstancias y facilidades muy pare-  
das a la que acabo de relatar me encontré en  
vapor con una persona, liviana en verdad, a  
cual me quebre y busqué, pero al verla desco-  
nfortada, enferma de febre, deje con disgusto la  
aventura, pesoso de haber gastado palabras en  
una conquista tan facil. No recibí de mi la más  
quien caricia

¿Porque pues, en esa otra ocasion, no seguí  
las inclinaciones de mi educación, de mi respeto a  
una mujer, cualquiera que ella fuese? ¿Que cosa  
me cegó?

Estas preguntas me las hice entonces y mu-  
cho tiempo después. ¿Como se han ido declarando por

¡a pocos en mi cerebro estas dudas! Como res-  
plandere hoy, en el momento en que escri-  
bo estas cosas, en mi conciencia la verdad!

Recuerdo que al despertar se la fie-  
bre, cuando oí la voz que llamaba dentro de  
la casa, la voz de la muchacha misma. Fue  
fue mi pena que sentí terror de que el dueño  
de la casa se levantara a pedirme cuenta de  
mi proceder. Me habría dejado herir de él y  
protesta alguna de mi parte porque la ver-  
güenza había enervado mi espíritu y mi  
ánimo como por modo reflejo. Me he creído  
siempre con valor bastante para arrostrar  
cualquier peligro; ¿por qué, pues, perdí el  
ánimo en aquel trance?

¿Como no tuvo ningún influjo en mi  
el temperamento, ni tampoco influyeron mi re-  
peto casi sagrado a la voluntad ajena, mi  
deseo de conseguir amor antes que la posesión?

Confieso juzgáramos que al escri-  
bir estas cosas siento vergüenza y por esto me  
tuvo cierta inquieta vacilación en referirlas. Me  
inclino a callarlas, a ocultar, pero luego pien-  
so en mis propósitos, en mis ideales, y hago  
que la pluma prosiga su curso sin ocl-

far nada, revelándome de cuerpo entero á  
los que lean estas páginas y talvez al mun-  
do si ellas mereciesen traspasar los umbrales de  
fama.

Repugna tambien á mi caracter y á la  
edad de la cual vivo enamorado el precepto de  
contar solamente las cosas que me dan honra  
y los que me avergüenzan y me señalan como  
de tantas bestias del género humano. Muchos  
hombres virtuosos hubo y hay en el mundo, yo  
no dudo; pero si ellos hubieran escrito con lealtad  
su propia historia; cuántas acciones parecidas  
á las mías no causarían hoy el asombro de  
que hemos admirado á esos modelos de la  
virtud y del deber? Y por otra parte, ¿cuán-  
to bien habríamos hecho á la humanidad diciendo  
la verdad?

Yo no escribo solamente por la immodestia  
de publicar mis acciones á los ojos de los hombres,  
sino en primer término para establecer la ma-  
ximeza humana, para que todos los hombres  
bien me, comparen sus acciones con las mías  
y vean que en la barbarie todos somos ~~iguales~~  
iguales, grandes y pequeños, poderosos y hu-  
midos, sabios e ignorantes, todas las razas, todos los

problemas, en todos los tiempos y climas. Examí-  
me cada cual sus acciones, su vida, los ins-  
tintos y pasiones de que ha sido víctima y  
no voluntad reflexiva y comprenderá que  
se parece a mí como una gota de agua  
a otra gota.

Escribo para elaborar los me-  
lles de un gran todo, del cual, lo creo conven-  
damente, sacará la humanidad una ins-  
tancia casi suprema decisiva en sus  
nuestros destinos y progresos, casi la última  
precisión de la verdad, la luz que aclarará todos  
los misterios de la existencia.

Escribo, pues y escribiré esas cosas  
porque no me debo a mí mismo sino al gé-  
nero humano, por el noble propósito que llevo  
en mira. Si yo me he de perdonar, per-  
donando por todas las páginas de esta obra  
la sinceridad más grande, el vehemen-  
te deseo de ser útil. Soy un convencido y  
los convencidos siempre merecerán el perdón del  
mundo. Aspiró a crear una nueva sociedad,  
nueva vida para el hombre, la vida forjada  
adquirida por el hombre mismo en la educación  
y la lucha por la existencia, y por grande



que sea el propósito, irrealizable. Por lo  
menos hay en él la grandesa de quererlo, pen-  
sarlo, amarlo piégame. La que vive un mi-  
nuto de mi vida, de veinticinco años de vida  
pasados, sin olvidar estos pensamientos, estas  
reflexiones, este los afan de descubrir los mis-  
terios del mundo social, quiero que los huma-  
nos paguen de su triste y dolorida experiencia,  
mis penas y mis desgracias, los frutos maduros  
de mi vida.

Fuere que volver a Vandaine porqueno  
 pude dar con el escondite de los revolucionarios que  
 buscaba, sino algunos dias despues. Pude  
 encontrarlos juntamente a ellos, quienes subian a bordo  
 al crismero de veinte hombres armados  
 rifles, a las ordenes de Emiliano Chamorro.

Conoci por este, el estado de la revo-  
 lucion, los detalles del desastre y como tenia  
 todavia en Costa Rica el vaporcito Curcio  
 con el cual les protegia el Gobierno del Sa-  
 pador.

Las tropas de Zelaya se hallaban en  
 el Sapoa, frente al ejército de Costa Rica.  
 Habian a punto de llegar a la guerra los dos pa-  
 ses, al darse la primera batalla, a causa  
 de la franca proteccion que el Gobierno de  
 Inglaterra dió tambien a los revolucionarios pa-  
 raguayenses, vencidos en San Juan del Sur  
 y Rivas en los primeros dias de febrero de  
 1898, época en que se sucedieron los aconteci-  
 mientos relacionados y todo lo que de mi voy narra-  
 do.

Salio yo del puerto mismo de Zelaya, del

cuartel principal y almacén de pertrechos de guerra. Conocía perfectamente la situación del gobierno, sus apuros del interior, el desamparo de las plazas principales; y por esto lo primero que hice fue inducir a Emiliano a que pidiera a los emigrados los elementos con el curso y cincuenta hombres que los custodia, todo lo cual iríamos a recibir a las costas de Paras cerca de San Juan del Sur, avisamos al jefe revolucionario, Cárdenas, con los puntos de los señales que haríamos en la playa del mar, fecha y hora del desembarco, nombre de la costa y todo detalle que convenyera a favorecer la expedición. Teníamos propósito, al recibir los elementos, de caer sobre magna sin vacilar; pero no se realizó el plan por las intrigas y desconfianzas de los políticos, cuya ambición no les permite ver nada con claridad si no se halla de acuerdo con sus intereses. Cárdenas acogió bien el proyecto, pero no podía menos y dispuso el viaje; mas un día, a punto de embarcarse la gente, las intrigas triunfaron y el vapor no salió, quedando burlado nuestro proyecto. No tenemos ni sombra de duda de conseguirlo y poderarnos

del interior hasta Comuta y abríó facil  
comunicación con el Salvador y Costa Ri-  
ca, para hacer retroceder al ejército de  
Zelaya del Sapoa, lo cual era una verda-  
dera demora. No habría podido conservar  
la disciplina porque el enemigo piente ha-  
al ataque por retaguardia, á que le cierran  
el camino y la comunicación con sus f

Lo anhelaba esto desenlace, no  
quería la guerra con Costa Rica, viví sien-  
jurando á la idea de que entrarán al te-  
lorio, porque ya que nosotros por considera-  
mos con derecho á la libertad guerrábamos  
á qué inducir á otros pueblos ~~á ellos~~ á  
la lucha y sobre todo para que llevar  
nuestra tropas extrañas que vencedoras ó no  
siempre cometen depredaciones y venganzas.  
Mientras confié en el éxito de ese  
plan y llegaban los elementos hice al inte-  
de Nicaragua, solo: acompañado de guías  
muchas excursiones, ~~pasos~~ burlando la vi-  
gilancia de pequeños tropas, cruzando valles,  
montes y llanos, con tan grave peligro, que  
hoy á sangre fría no comprendo como pu-  
de realizarlos: vigilé casi con todos propios

yo el estado de los cuarteles de Granada, mo-  
naya, Vandaine y Jintape, el número de  
hombres con que contaban, el estado de la opi-  
nión y supe acanear gente, hasta reunir ar-  
mas casi todas como sesenta hombres desti-  
nados a favorecer el desembarco. De Talma  
que un día, andando yo en mis corre-  
ridos en busca del padre Matus, sorprendieron  
un pequeño destacamento de cien hombres de Zelaya  
y a pesar de la sorpresa, con veinte apenas  
de nuestros que tomaron parte en la refriega  
fueron aquellos completamente derrotados  
el día precisamente en que volvía yo al cam-  
pamento, hicimos el tirotes, como a una legua  
del lugar. Siempre recordaré admirado y  
como me enardecí y me apresuré a llegar  
al lugar del combate, cruzando campos, en  
día casi de las tropas de Zelaya. En esto fue  
de mi de utilidad maravillosa, un experto  
guerrero.

Pude llegar al sitio del combate mo-  
mentos después de terminado. Escuche todavía  
cerca de una quebrada, por entre matorrales, los  
ayes de los heridos y moribundos.

Cuando encontré a mis compañeros

supe que mi gente, la que había llevado yo mismo, a esa peligros y correrías, en la cual se hallaba mi hermano y otros jóvenes de Ma. Tatemé y Jimstépe estuvo a punto de romper con el jefe Chamorro, porque los de Zelaya habían capturado antes del combate a revolucionarios a quienes sorprendieron fanándose. Los míos querían perseguir la derrota a la fuerza de Zelaya para arrabatarle los prisioneros, pero Emiliano se opuso y mis amigos se quejaron diciendo que a estar yo presente habría ido con ellos hasta Nandaine.

Falvo; pero el consejo del jefe prudente, pues no quiso exponer el plan que teníamos al azar de una acometida violenta, encontrándonos sobre todo muy escasos de elementos. Mi ánimo se había agriado tanto que no creí desanimada a los míos en pensar que conmigo hubieran ido. Si, hubieran ido; y vencedor en cualquier parte, sin elementos y ciegos, sobre otro punto por defendido del Gobierno no habría caído, hasta vencer o quemar. Nunca me pareció obra de titanes.

aquella empresa, porque Zelaya se hallaba firmamento debil. Muchas veces iba a Emiliano y que tomáramos con la fuerza la ofensiva.

Me hallaba yo entonces como verdado, cuando combates e ideando planes estratégicos a lo Napoleon en ciernes, impetuoso, incesantemente de retroceder y a las veces de reflexiones que relato estos hechos me encuentro indeciso y aún me inclino a creer que Emiliano pensaba cuerdatamente. Pero tampoco cuando volviendo a encontrarme en posición parecida volveria a pensar como entonces, siempre que de igual manera se en aquel tiempo Zelaya estuviera el enemigo. Le creí tan debil que con una sola de clarines habria huido de Managua, que, además, la poca tropa que tenía era valerosa y aguerrida y acababa darnos la nuestra corriendo de veinte hombres mal armados. Ratifíqueme en mi opinión cuando supe que a consecuencia del suceso la tropa de Vandamme no hizo preparativos de defensa sino de huida.

Este acontecimiento y combate  
dio origen a uno de los atrapellos más  
funestos que en mi vida he presenciado. La  
señora y dos hijas de ella, muy jóvenes, dueñas  
de la hacienda vecina fueron tratadas brutalmente  
por las tropas y encerradas con  
otras mujeres y niños de los campos en  
la iglesia de Sandaime. Zelaya de-  
jó entonces las concentraciones en masa,  
Weyler en Cuba, y las pobres gentes, mujeres  
y niños y ancianos tuvieron que abandonar  
sus hogares.

Todo esto me llenaba de reflexiones  
cada momento. Seguía en el interminable  
interrogatorio de los sucesos, de mis acciones  
de las agencias, sobre el estado social de an-  
gos y enemigos, sobre la guerra y sobre aque-  
lla triste y azarosa vida.

Por fin un día nos llegó de Gran-  
da la noticia de que se habían hecho los  
arreglos de paz entre Nicaragua y Costa Rica  
y que todo se había perdido. Confusiones y  
temblores agitados por el ánimo ese día. No  
sabía si alegrarme o entristecerme, pero cuando  
me encomendaron que arreglara a los sol-



dados y los despidieron, las lágrimas vinie-  
ron a mis ojos, fin poder alzar del suelo  
la mirada, vacilante mi voz y mi expresión

Ciertas cosas habían comenzado a des-  
tar en mí una saludable reacción. En mí  
me refirió los disgustos que se arma-  
ron entre los mismos emigrados. Un día  
dijo: "Nosotros hemos consentido en procla-  
mar a Cárdenas; pero, probablemente, cuando  
vamos a dejar el poder tendremos una nueva  
oportunidad, pues cuando dejarlo a su cuidado y no  
podremos renunciar a Alejandro Cha-  
vez."

Una imprudente declaración fue para mí  
un rayo de sol que disipó un poco la obscu-  
ridad. ¿Conque para miedos y luchas mesqui-  
nas y mezquinas yo metido en belenes tan peligrosos?  
¿Por los intereses de la patria, las conveniencias socia-  
les, el derecho, cosas de las cuales me suamocaba  
y gamente, nada valían?

Mas no quiero adelantarme. Sigo dan-  
do cuenta de los sucesos que me traen a  
reflexión, el interrogatorio incesante que me  
ha servido de base en la serie de verdades que  
presumo haber descubierto, en el rayo de luz

que plumbó mi cerebro grado a grado.

Disuelto la pequeña fuerza y reducidos nosotros a tres o cuatro, que no teníamos más remedio que emigrar, como me puse en su conveniencia y su cargo.

Lo recordé mis relaciones y lo se-  
cior por mi prestador al Dr. Bonillo,  
presidente entonces de Honduras, y por esto  
pude dirigir mis pasos a Tegucigalpa,  
capital de aquel país.

Peligroso camino iba a recorrer, por  
disto andarme muchas leguas de la fron-  
tera hondureña y había de cruzar todo el  
paraguay, por entre caminos reales, pueblos  
y ciudades.

Necesito decir que me fuei muy  
ilusiones sobre el recibimiento que me ha-  
el Presidente hondureño, por quien luché en  
El Centinela en los tiempos de mi amistad  
con Zelaya, y cuando aquel era un de-  
terrido pobre y misero? Creia en una as-  
tad singular e impercedero como de padre  
a hijo, pues en no pocas ocasiones sus  
consejos busqué y su causa defendí con  
locura y sin interés alguno. Pense que

guardaba de mi altísimo concepto por mi  
carácter y otra multitud de tonterías, de  
las cuales me avergüenzo y maldigo. Por qué  
esperar de los otros favor alguno, teniendo tra-  
s los cerebros, aliento y ánimo para correr el  
mundo?

Tampoco necesito decir que durante  
esta aciaga época, la cual duró desde  
el mes de Mayo de 1897 hasta el último del  
mes de 1898 no dejé de atender a las  
necesidades de mi familia. Al comenzar a  
ver dejó alguna tierra preparada para  
la plantación de tabaco, que mi esposa pu-  
do sembrar con gran trabajo, con recursos que  
de cualquier manera yo la enviaba, sin com-  
eter ninguna mala acción. Visitaba de cuando  
en cuando el tabacal porque siempre tuve  
para cruzar por todos aquellos parajes,  
de las costas de Rivas hasta las alturas  
de Managua y por Nandaimé, Jinotepe y  
muchos otros pueblos guardados por Zela.

Lastimeo grande de tanta actividad! Aunque  
que a la verdad, de esos sucesos he sacado  
consecuencias que juzgo tan precisas para

el mundo moral, que alguna vez  
se reconocerá en mí.

Volví a Mazatepe siempre de incognito,  
arreglé medianamente mis cosas, hice los pre-  
parativos de viaje y dispuse el día de la  
partida. Tuvo ahorrarme el recuerdo de  
pena que sentí al abrazar a los míos,  
sentir que latían sus corazones junto a  
pecho. Se me ahogaba la voz y se me ahoga-  
ba la pluma en el tintero porque  
quiero ~~contar~~ referir estas tristezas. Tem-  
do que la marcha de tinta cubra tamb  
mi pensamiento.

Por peligrosos caminos tenía que cru-  
zar, pasando por Masaya, tierra por sim-  
pre enemiga para mí. Corriendo mi cala-  
gadura a la par de un pariente que me  
acompañaba pasamos por las calles de  
la ciudad como a las once de la noche  
y así proseguimos casi hasta penetrar, a  
seis de la mañana en el punto de Fip-  
tepa, adonde por fortuna el centineta es-  
tá dormido. Sin parar, marchando  
siempre por el llano llegamos temprano del  
día a la hacienda de aquellos amigos pro-

dragones por uno de los cuales me in-  
currió con mis condiscipulos en el Justo  
to

Allí paré bastante tiempo varios días,  
cabo de los cuales tome el camino de  
contra hondureña por lugares tran-  
s, pasando por varias poblaciones, ve-  
de oficial del Gobierno y solo casi sim-  
Duro el viaje como diez o doce días,  
por muchos y pintorescos lugares, eten-  
llanos, cruzando rios honduros, pues  
vivíamos se desataba con furia, por  
ntes y quebradas, cerros y vertientes, pinares  
cientos de parícutas y copes, casuchas,  
ciudades de ganado, por muchas pampas  
dregales y ~~estenciosas~~ extensísimas gra-  
ales.

Un día, por fin, como a las diez  
la mañana, subiendo una escarpada  
loma me encontré con un caserío cuyo  
nombre no recuerdo, en donde me enseñaron  
la línea divisoria entre Nicaragua y Hon-  
duras y más allá en lontananza el hu-  
meante volcán Momotombo, el lago que baña  
sus pies, el volcán de Chinandega, Maruyas

de mi patria cubiertas de verdor, como  
sombras de esmeralda perdidas en el espa-  
cio y confundiendo allí con el cielo y lo  
infinito.

Senteme prostrado sobre la alfombra  
de la yerba, cruzé una pierna sobre la  
otra y al hacerlo vi caer de mi pelo  
al suelo la última pluma, el último  
de pelo de mi patria, a la cual dejaba  
exangüe y como muerta. Fue balumba  
recuerdos y reflexiones vino a mi cráneo,  
singular obsesión! Desapareció para mí  
el paisaje, la bruma en lontananza, todo  
sufrí un desvanecimiento como de consue-  
tudin y las imágenes de mi familia se des-  
pejaron entre las nubes de los otros recuerdos,  
túidos, perfectos, aturadora para mi corazón  
mi cerebro. Vino la venda, siempre la ven-  
da que de cuando en vez me avorazada  
grietas y triste, y para dominar la impu-  
sión de un palto, me pasé la mano por  
la frente y entre porridos a una casita a  
buscar el almuerzo, el frugal almuerzo que  
que dondequiera encontrabas, tortillas, huevos  
y frijoles.

No quiso perder tiempo, pues temia  
que me persiguieran o que autoridades resaten-  
das de Honduras me entregaran sin conocer-  
me y sin dar cuenta a Bonilla, al Guber-  
nate nicaragiense.

Seguí el camino, casi siempre solo, sin  
pasando una noche en casa de un  
Don Gilberto Lariso, nicaragiense, y  
cruzando siempre caminos y cerros y hondos  
que por eso se llama así el país, tres  
o cuatro días después, deshecho y quebran-  
to, llegué a Faguigalpa, como a las siete de  
noche a pedir hospedaje en un hotel.  
Aquí comienza otra vida para mí.

X

Mayor dicho, no fue otra vida la que comencé para mí al poner los pies en territorio de Honduras, tierra también centroamericana, a que abrí entonces las puertas de otros países, y relaciones con otra gente, pensando que no se iba a ser como la de mi tierra. No fue otra por que mi lucha contra elementos sociales y políticos no concluyó con el momento en que yo caí de la quiebra de mis zapatos el fino grano de arena de mi patria.

Pero al palear las ropas de mi vida en el Hotel, el día en que por primera vez dormí en Tegucigalpa me sentí aliviado, libre del árido aguijón a todo temor, con esperanzas, pocas risueñas, como después de haber hecho largo viaje por tierra inclemente, al llegar nuevamente a casa, a un paraíso forjado.

Verdad es que en el camino tuve las primeras desilusiones. Cuanta pensé, antes de llegar a Tegucigalpa en el carísimo recibimiento.

Dr. Bonilla, Presidente de Honduras, en su asilo y en la confianza de encontrar en este otro país la tranquilidad y buen gobierno que echaba de menos en mi patria.



contar mi dinero. Almorzaba apenas para pagar la comida y el hospedaje.

Pense luego en fundar un periódico para atacar en el al gobernante de Nicaragua y la unión de ambos gobiernos, del de Bonilla y del de Zelaya, es ingenuamente de manera que me fuese posible ser útil a mi patria y trabajar al mismo tiempo para vivir modestamente.

Con qué recursos iba a fundar el periódico? Todo mi capital se reducía a un caballo, una montura, un freno, riendas y espuelas.

Pues esto vendí al hotelero por la cantidad de ciento veinticinco pesos y con este producto compré algunas resmas de papel para los primeros números del periódico.

Qué nombre le pondría. Dijo en ponerle el nombre de Patria porque con patria he sonado desde que desperté a la vida política y desde que me convencí de no tenerla. Uno siempre desea lo que no tiene.

Salí para el primer número en

el mes de Julio del 1898 si mal no recuer-  
do; mis debs a la comision y al estilo mucho  
miramiento por lo cual no me extiende en re-  
later la historia politica de este periodico que fue  
variada y podria decir valiente. Es una de las  
obras que me enorgullecen, que puse muchas  
cosas en claro, muchas intrigas al descubierto,  
al denunciar los trabajos del Gobernante proude-  
ra y de Zelaya. Es el inicio de mis periodi-  
cos cuya coleccion guardo. Nunca transiji, nunca  
tolere el mal gobierno ni el prevaricato y siem-  
pre del cuenta franco y leal al pueblo de lo que  
se hacia y se proyectaba contra los ciudadanos.

Poco a poco se engolfó ese periodico en  
la oposicion y para mi vino a ser una fun-  
ta de pensamientos y amarguras y a punto  
estubo de perder la vida o tal vez de meter  
un hombre por andar metiéndome a ave-  
glar el mundo y a decir la verdad sin rodeos.

Estas vicisitudes por las que debo re-  
later por lo mismo que tienen mucha simi-  
tud con el caracter y temperamento mio.

Por directos y indirectos se la piense se  
hizo enemigo mortal mio un italiano llamado  
Bianchi, a quien asesinaron y lanzaron contra

mi pues empleados de la Dirección Gene-  
ral de Cuentas.

Un día, el mismo en que publiqué  
un pueltito de gacetas injuriosas para Bianchi,  
espío mis pasos, pretendiendo atacarme a  
traición, pero yo estaba prevenido, víle venir  
tras de mí, por una calle de Tegucigalpa  
y volviéndome, ya con el revolver en la mano  
le pregunté ¿qui quiere Ud.?

- Nada, señor, me contestó con amabilidad,  
hablar con Ud. porque quiero que me expli-  
que el motivo de sus ataques.

- Entonces puede Ud. llegar al hotel donde  
vivo, le contesté llevando el revolver al bolsillo.

Eso esperaba él. Al verme sin arma  
se lanzó sobre mí como un gato, me  
agarró de la punta y comenzó a luchar con  
migo para arrojarme al suelo. Lo conseguí  
sin grande dificultad, pues era hombre vigoroso,  
pero por temor de que tomara yo el revolver  
no podía soltarlo y disponer de sus manos  
para golpearme. Agrupóse la gente, menos  
la policía del Gobierno, y entonces compren-  
di lo mucho que el pueblo quiere a los que  
le defienden, porque comenzó a llorar palos por

bre el italiano hasta obligarlo a huir gritando y  
fando y pidiendo socorro. Me habia dado un  
golpe en la cara; me levante ciego desearo  
de matar pero presa de turbacion y ver-  
guenza. Se vi entonces huir quitando so-  
corro y dandome la espalda. Saque el re-  
volver para apuntarle, y por fortuna vino  
a mi la reflexion como el rayo. ¿matar a un  
hombre que huye? No de ninguna ma-  
nera. Di el revolver a un amigo y me  
fui luego a mi casa, avergonzado y triste.  
Me parecia que no habia hecho nada por  
defenderme y que era una grande hu-  
yillacion para mi el perdonar. Me confun-  
dia el pensar que me vieron todos como  
moso de cordel luchando con una bestia

¶ Formé la resolucion de vengarme, de  
obligar al italiano a darse de tiros conmigo,  
pero no donde la policia y el gobierno que  
estaban contra mi pudieran intervenir. Bus-  
caba una ocasion, ciego de colera, febril para  
obligarlo a aceptar un duelo singular, sin pa-  
drinos y sin medidas o distancias, acercandome  
por y apuntando; mas el hombre lo compren-  
dio bien, lo supongo porque antes de quise

Como no había de recordar el ex pres-  
cripto Dr. Bonilla las amarguras del des-  
tino y la persecución, la necesidad que sien-  
te el hombre cuando en otras tierras, huyen-  
do de la crueldad de sus perseguidores, busca  
amparo y refugio!

Como era posible que se olvidara de  
aquel joven de virtudes puras que en 1893, le  
defendió con calor en Goanade y después en  
Managua, sin dardos y sin conocerle por sen-  
tills y ferviente amor a la democracia y odio  
a la tiranía de la cual se quejaban los  
hondureños asilados en aquel entonces en  
Nicaragua en el Dr. Bonilla a la cabeza!

Como podía olvidarse de las veces en  
que me sentaba al lado de él, en una ha-  
maca en un hotel de Managua, en ese  
mismo año, adonde me daba sus consejos,  
los cuales yo escuchaba con entera confian-  
za, creyéndolo superior, hombre generoso, hombre  
fidel!

Como había de portarse mal agradeci-  
do y mal nacido el hombre por quien luché  
y trabajé en El Centinela, demostrando a Vasquez  
por los disparos al vapor que conducía al

Doctor Bonilla a los puertos del Guate  
mala?

No era mi para pensado. Aunque no  
me empleare ni me diere pingües sueldos,  
cosa que nunca he pedido, por lo menos  
se empeñaría en agasajarme, en hacerme  
llevadera la proscripción, en proporcionarme  
algun trabajo para vivir.

Fuiste todo tan seguro, tan claro y lo-  
gico que en todo el camino no pensé en  
el extremo contrario, en lo que haría en el  
caso de que todas mis esperanzas resulta-  
ran fallidas. Por manera que al observar en  
el Hotel que mi salud del Presidente merecía,  
y que al ir yo a visitarlo se contentó con hablar  
me de las cosas de Zelaya y darme explicacio-  
nes y razones sobre su alianza con aquel  
Gobernante.

Muerta la esperanza se despertó mi orgu-  
llo. Tuve brazo e inteligencia para la lucha. Es  
verdad que muy errazo haber me acompaña-  
do. Al salir de Masatepe, para no dejar a  
mi familia en la miseria, tomé el mas es-  
pazo dinero que pude, y así en Tegucigal-  
pa, al despertar me registré los billetes para

ce días salio' de la República.

¿Lui hizo la autoridad? Llevarme a la carcel, llevar a Bianchi tambien, poniendo lo en puesto de honor, sin honor puede haber en un cuarte de policia. En la misma tar- de nos pusieron en libertad.

Me habia vuelto un matasiete por el tal periodico. Un dia crei que insultaban a una personita amiga mia, muy estimable y buena, y mande desafiar al secretario Pri- vado del Presidente. Le suponio en razones muy evidentes autor de la intriga. El infeliz escribio a su amo para que le defendiera, en vez de aceptar el desafio y dar explicaciones a los pabrinos.

~~Alora que me menciona~~

Tambien redactaba en Tegucigalpa un diario un paisano mio, Alejandro Miranda, sugeto que en Managua conoci y que me habia ayu- dado en El Centinela. Al llegar yo a Tegucigal- pa estreche mis relaciones con el, pero por a poco, por ser yo enemigo del Gobierno y el partidario la amistad se enfrio y luego vino el per enemistad con motivo de unos ataques muy burdos por el dirigidos a un

club alemán y a las señoras de Fegre  
cigales. Un día lanzó en mi periódico un  
apóstrofe vehemente contra él, y por esto  
dijo en el suyo que me iba a dar una  
lección objetiva.

Comprendí claramente su intento y  
me preparé a recibirlo. Me parece que esto  
sucedió a principios de Enero de 1899.

Al día siguiente en la mañana en-  
contrándome en la tipografía, la misma  
en que se editaban su periódico y el mío,  
le vi parado en la esquina lateral, mo-  
viendo un bastón, pálido y descompuesto el  
semblante. Me esperaba.

Dali entonces a la puerta de la impre-  
ta y llevando mi mano al bolsillo pero sin  
mostrar el arma y con voz pausada  
le dije: No será ni palos la lección; pre-  
para tu revolver, apunta y dispara.

No se dejó repetir la orden.